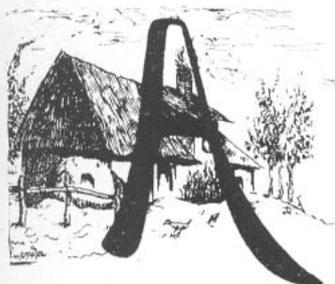


## REBELION



POCO de sonar la campana, empezaron á llegar los peones, con tardos pasos, canturreando entre dientes, para echarse en cualquier sitio debajo del corredor.

Anochecía. En el cielo comenzaban á encenderse las estrellas; el viento agitaba las hojas y la tierra permanecía quieta, en descanso. Todo se iba perdiendo en la vaguedad de las sombras y los pálidos colores de los campos se desleían en el vaho neblinoso que lentamente envolvía los objetos. Los árboles parecían pardas manchas que recortaban pedazos de cielo entre sus perfiles esfumados.

Al llegar, ño Pancho echó á su alrededor una mirada fatigosa y luego se sentó en un tronco, con una exclamación de alivio.

—¡Ay! Era un viejo de rostro curtido y surcado de arrugas, de pechos y brazos enjutos y casijibado. Cubría su cuerpo una manta echada á la espalda y por debajo de las alas de su chupalla asomaban algunos mechones de pelo canoso.

—¿No le parece, ño Pancho, que acabaremos de trillar mañana? Yo creo que antes de medio día.

—¡Quién, sabe, pues, niño! Como desde que manda don Lucho to-to lo hacen con máquinas y aparatos, uno no puede calcular lo que demorará. En tiempos del finado patrón don Miguel se hacía todo de otra laya y no como ahora...

—Ya principió ño Pancho á renegar; bueno el ño Pancho este!

El viejo había nacido en el fundo; en él vivió sirviendo durante toda su vida y con harta pena presencié todos las trastornos que siguieron á la muerte del propietario. Vió que el hijo mayor, quien se había hecho cargo del fundo, vendía un pedazo para comprar máquinas y utensilios, y encariñado con la tierra en que había vegetado, el viejo detestaba todas estas cosas nuevas adquiridas á cambio de aquel pedazo de tierra que consideraba como suyo en fuerza de amarlo.

—¡Al fin llegó ño Zacarías! Creí que se había caído dentro del «fondo» exclamó un peón, viendo aproximarse al viejo encargado de la comida, con su delantal blanco y su gran cucharón de palo.

—¿Acaso tengo diez manos? Parece que se van á morir si me demoro un poco.

—¡Qué gracia, ño Zacarías Ud. no tiene hambre porque, como se pasa probando la comida, se sopla lo mejorcito.

El cocinero lanzó al insolente una maligna mirada de sus ojos vizcos.

—No se enoje, taita, y échele más que estoy como un saco roto.

Repartió la merienda refunfuñando, mientras

miraba á los peones temeroso de algunas de las bromas de costumbre. Todos callaron mientras engullían su parte.

No Pancho se retiró á un rincón con su lebrillo de barro y allí se puso á comer mirando al campo que aprendió á querer hace tanto, tanto tiempo.

Ahora, como un resto del pasado, queda él solo en pie, carcomido y agrietado como un tronco viejo roído por el tiempo; se descompone lentamente, sin otro afán que contarles á los peones jóvenes las fiestas de los años pasados, cuando todo se hacía con el solo esfuerzo de los brazos vigorosos.

Á la muerte de su hija viuda, el viejo hubo de hacerse cargo del nieto que le legara su María. Afortunadamente misió Matilde, la esposa del antiguo propietario, se encargó de criar al chico que entonces sólo tenía diez años.

No Pancho hubiera querido que el chiquillo aprendiera también á ganarse el pan manejando el chuzo y no podía comprender que los estudios y los libros lo hicieran más tarde un hombre de provecho; por eso cuando la buena señora le contaba los progresos del chico, el viejo refunfuñaba:

—Sí, como si el chiquillo fuera á comer porque lee; despues se pondrá engreído y ni siquiera sabrá manejar un arado.

Después, más tarde misió Matilde lo envió á la Escuela Agrícola de Chillán y como la ausencia del muchacho coincidiera con la muerte del antiguo propietario y con los cambios que se hicieron en el trabajo del fundo, el carácter del viejo se hizo agrio, hosco.

Frecuentemente resongaba en voz alta de los nuevos procedimientos con despreciativas palabras para todo ese teje maneje que ni el demonio podía entender. El patrón sonreía con bondad ante las protestas del viejo gañán apegado á sus viejas costumbres, imposibilitado para salir del cerco de la rutina.

Y así fué pasando el tiempo.

La señora Matilde recibía con frecuencia cartas del chico, cartas en que le contaba su adelanto y le manifestaba su gratitud, sin olvidarse por cierto, de enviar cariñosos saludos para su abuelo.

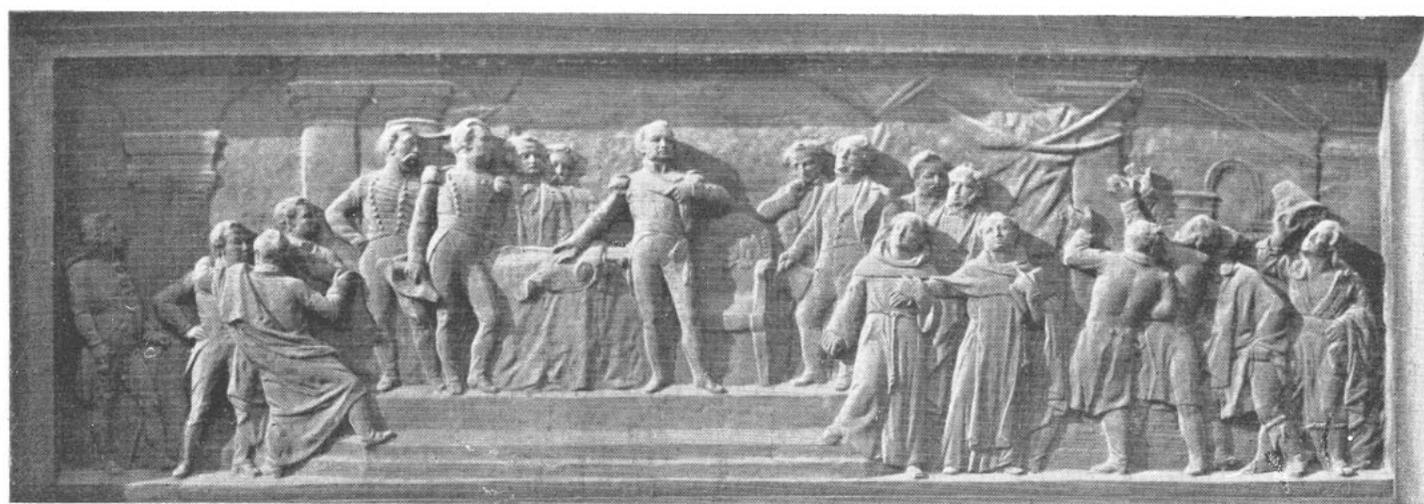
Cuando el viejo oía leer las cartas refunfuñaba con desdén, como si aquello no le importara, pero al llegar á los recuerdos de Pedro, algún lagrimón humedecía sus mejillas y siempre concluía por decir:

—Su mercé, hágame un favor; muéstrame ahí donde dice que se acuerda de mí .....

El viejo se quedaba inmóvil mirando las letras, sin poder comprender que unos cuantos garabatos pudieran decirle todo el cariño de su Pedro.

Y cuando llegaban las esperadas vacaciones era de ver la alegría del viejo al abrazar á su nieto.

—¡Caramba que estás grande, hombre! Creí que no te ibas á venir nunca.



ABDICATION DEL GENERAL O'HIGGINS

28 DE ENERO DE 1823

—Sí, yo también hubiera querido venirme cuanto antes, pero los estudios... Mire, abuelo, me saqué tres diplomas, y le mostraba los floreados papeles que acreditaban su aprovechamiento.

—Bueno, bueno. Y ¿hasta cuándo vas á estar aquí?

Durante los primeros días el viejo se avenía á todo, contento de tener á su nieto; pero después poco á poco, venían las grescas y las discusiones cuando el muchacho hablaba entusiasmado de cultivos intensivos, de abonos, de maquinarias...

Al final de sus estudios Pedro volvió al fundo, donde obtuvo un puesto de importancia y al llegar el tiempo de las cosechas él en persona dirigía las máquinas.

El muchacho aprovechaba las ocasiones en que ño Pancho se acercaba á él para explicarle la labor, para tratar de hacerle comprender el mecanismo de la máquina y la importancia de su trabajo.

—¿No vé, abuelo? Fijese bien cómo, gastando poco en valdearla, se hacen en poquito tiempo trabajos que antes necesitaban mucho. Un poco de agua que hierve produce el vapor, que es la fuerza que se utiliza y manejando esta palanca solamente, se ejecutan con ligereza todas las faenas que antes tenían que hacer muchos hombres.

—Así será, pues; pero antes sin necesidad de todo eso nadie se moría de hambre...

—Pero, abuelo, ¿cómo no entiende usted el bien que ellas prestan?

—No entenderé; seré muy bruto, pero así se cría la gente rulenga y además desde que don Lucho es patrón, todo anda á la diabla ¡claro, como él no cree ni en Dios!

—Vaya, es que usted no quiere entender, pues, abuelo.

—Lo que entiendo es que aborrezco todo eso y que, si fuera por mí, nunca habría vendido medio fundo para comprarlas.

Y agriado ya completamente concluía por alejarse, echando pestes contra el patrón y todos sus aparatos.

Pedro lo dejaba ir; con lástima contemplaba al viejo todavía pegado á sus añejas ideas, pero cuando volvía la vista hacia la máquina, su disgusto desaparecía.

Acariciaba con la mano su vientre lustroso y entreveía vagamente que la fuerza allí oculta contribuía de algún modo al mayor bien de los hombres.

De día en día tornábase el viejo más huraño, más hostil, como si una levadura de odio hacia todas esas innovaciones fermentase en su interior con la tensión de una inquina irreconciliable.

Y así vagaba por los campos y los caminos con ademanos estrafalarios y mascullando frases de amenaza. Al verlo pasar los campesinos se lo mostraban sonriendo, mientras se tocaban las sienes con un dedo.

Aquella tarde, ño Pancho, en cuclillas debajo de la ramada que protegía al maquinista, se pasó largo rato mirando trabajar la máquina, sin hablar una palabra, brillándole los ojos como si los

destellos del bruñido metal de las piezas se le hubieran metido por las cuencas.

Por el ancho cañón de su chimenea el motor dejaba escapar gruesas bocanadas de humo; las ruedas giraban rápidamente; á trechos los pistones permitían la salida de blancos chorros de vapor y su pito lanzaba prolongados y sonoros silbidos.

Después de mucho rato de inmovilidad, el viejo acabó por preguntar:

—Mira, Pedro, y ¿no se puede reventar eso?

—Oh! no, abuelo. Cuando el vapor alcanza su máximo de tensión esta válvula se levanta y deja escapar un poco, de manera que no hay peligro. Si por algún accidente se entorpeciera la marcha de la válvula, no digo que no, pero yo tengo mucho cuidado con ella.

El viejo no replicó, pero durante todo el resto de tarde, no apartó sus ojos de la válvula que regulaba la presión, y cuando sonó la campana se fué junto con todos los demás gañanes á recibir la merienda.

Pedro se quedó. Era preciso no dejar apagarse el fuego porque al otro día, antes de amanecer, se recomenzaría la faena.

Los peones habían concluido de comer; ño Zacarías se alejó refunfunando con su fondo y su gran cucharón de palo y los cigarros brillaron entre las sombras de la noche que ya había caído. Ño Pancho encendió también el suyo y sus ojillos turbios y hundidos, sombreados por espesas cejas, se animaban á ratos, como si le alegrara alguna idea que se abría paso en la maraña de su cerebro burdo.

A poco los peones se retiraron á sus hogares. Ño Pancho, en cambio, se encaminó á la era. Marchaba con la cabeza baja, deteniéndose á trechos como si llegara de repente á la realidad desde muy lejos.

Era ya de noche. La quietud del campo solo se interrumpía por el susurro de las hojas medidas por el viento; una calma inmensa envolvía la tierra y en el cielo las estrellas sonreían á los astros.

—¿Qué hubo abuelo, por qué vino?

—Vengo á fumar un cigarrito antes de ir á costarme.

Sentóse en el suelo y sacando su floreada petaca lió uno.

—¡Vaya! Llega muy á tiempo, porque tengo que ir á darle un recado al patrón y no hallaba á quien encargar esto. Oiga, quédese aquí y le va echando pedacitos de leña á la chimenea. No me demoro un segundo.

—Bueno, anda no más.

Pedro cogió su chupalla y echó á andar hacia las casas. El viejo lo dejó alejarse y cuando lo perdió de vista sus ojos miraron la máquina con rabia.

La trabajosa idea que se incubaba en su cerebro se condensó de pronto. Sus ojos fulguraron bajo la selva de sus cejas. Se puso en pie.

La noche tranquila envolvía á la tierra velando su sueño. De la distancia llegaba el rumor del trigal acariciado por el viento y solo se oía el roce de los élitros de algún insecto cercano y más distante la letanía de las ranas en alguna



DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA



EL JENERAL PÍLO.

JENERAL DON JOSE MIGUEL CARRERA



EXMO. JENERAL DON RAMON FREIRE

JENERAL SAN MARTIN

1810  
18 DE SETIEMBRE  
1904

charca. La frente del viejo se contrajo; su mirada tenía destellos luminosos; avanzó vacilando, se detuvo y miró temeroso á su rededor. Avanzó de nuevo y estirando la mano se quedó inmóvil, mirando al monstruo de acero que respiraba tranquilo.

De pronto se decidió: Con un brusco movimiento arrojó el poncho y se acercó al fogón. Un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo; sus dedos crispados rasguñaron el cilindro de la caldera;... cogió el manubrio y lo abrió completamente.

La máquina hizo un respingo de caballo es-

poleado y se puso en marcha: los pistones comenzaron á golpear imprimiendo á la caldera una trepidación fragorosa, las ruedas giraban vertiginosamente... El viejo se irguió y aferrándose á la válvula se dejó colgar, mientras lanzaba una ronca intergección.

La presión del vapor se hizo poderosa, la caldera empezó á crugir... i de repente, en la oscuridad de la noche, rasgó el aire un estampido formidable que los ecos fueron repitiendo á lo lejos ..

Más tarde, solo se encontraron entre las ruinas algunos miembros mutilados de ño Pancho.

Agosto de 1904.

RAFAEL MALUENDA LABARCA

